

Los desafíos que pueden afectar su funcionamiento y efectividad

Defender la democracia de sí misma

por Álvaro Ramis*

Por definición, la democracia es un régimen falible. Y si no lo fuera así, ya no sería una democracia. En un tiempo en que la inteligencia artificial, la ingeniería genética y la ciencia de datos reducen los márgenes del error humano, esta dimensión de lo democrático tiende a ser rechazada. Mucha gente preferiría un régimen "Inteligente", que impida los errores del pueblo, que entre engaños propios y provocados acepta que los antidemócratas usen las vías electorales para imponer nuevas formas de despotismo. Pero ese supuesto régimen "inteligente" ya no sería un sistema de gobierno humano, sino una forma de tecnocracia avanzada, donde el mérito de acertar o de errar ya no estaría en manos de las personas, sino de una tecnología y de un marco jurídico que impida cierto tipo de decisiones del pueblo.

Los ejemplos actuales sobran: en Estados Unidos, el expresidente Donald Trump, que alentó un intento de golpe de Estado al final de su mandato, y que ha sido condenado por 34 delitos graves, tiene altas probabilidades de ganar las elecciones presidenciales de noviembre de 2024. Su contrincante, Joe Biden, despierta serias dudas sobre su capacidad mental, afectada por síntomas de demencia senil. En Europa los herederos de los regímenes nazis y fascistas se enseñorean en sus éxitos electorales luego de las elecciones al parlamento europeo. En el Reino Unido una campaña de desinformación premeditada permitió que el Brexit fuera aprobado en referéndum. En América Latina un conjunto de líderes antidemocráticos como Milei o Bukele, con evidentes trastornos conductuales y conceptuales, ha alcanzado éxitos electorales de envergadura. Pero todos estos casos son más el efecto que la causa del problema. Analicemos por qué la democracia se considera un régimen susceptible al error humano:

1. En democracia la toma de decisiones siempre está sujeta a los errores humanos. Tanto los líderes elegidos como los votantes pueden cometer errores de juicio, tomar decisiones mal informadas o estar influenciados por prejuicios y emociones.

2. Los procesos democráticos son vulnerables a la manipulación y la corrupción. La desinformación, la compra de votos, la influencia indebida de grupos de presión y la corrupción en las instituciones pueden distorsionar los resultados electorales y las políticas públicas.

3. En una democracia, los intereses de diferentes grupos pueden entrar en conflicto, y no siempre se logra un justo equilibrio. Las decisiones políticas pueden favorecer a ciertos grupos con mayor capacidad de presión a expensas de otros sin capacidad de incidencia, lo que puede llevar a injusticias y desigualdades.

4. Los dirigentes políticos, en busca de reelección, pueden centrarse en políticas a corto plazo que sean populares entre los votantes en lugar de tomar decisiones a largo plazo que beneficien a la sociedad en su conjunto.

5. La efectividad de la democracia depende de una ciudadanía informada y educada. La falta de acceso a información precisa, la ausencia de pluralidad en los medios y la baja educación cívica pueden llevar a decisiones equivocadas y a la elección de líderes ineptos o corruptos.

6. Las democracias pueden ser vulnerables a la polarización política y al populismo. Los líderes populistas pueden explotar las divisiones sociales y prometer soluciones simplistas a problemas complejos, lo que puede socavar la estabilidad y la efectividad del gobierno democrático.

Estas razones muestran cómo la democracia, aunque es un sistema donde prima la participación ciudadana y la representación política, no es infalible y enfrenta varios desafíos que pueden afectar su funcionamiento y efectividad. Ya en la antigüedad Aristóteles abogó por una forma mixta de gobierno que combine elementos democráticos y oligárquicos, a lo que llamó "politeía". Esta forma de gobierno estaría gobernada por leyes sofisticadas y contaría con la participación de ciudadanos seleccionados por ser virtuosos y capaces.

Contra la democracia protegida

La politeía es una idea aristocrática peligrosa. Es una solución fácil al problema del error humano, pero no responde al dilema de quién define lo correcto e incorrecto, y cómo se resuelve el problema del poder y la soberanía en la sociedad. En Chile ya se dió una situación de este tipo durante la dictadura, que trató de construir por medio de la Constitución de 1980 un régimen de "democracia protegida". En ese modelo, inspirado por ideólogos como Jaime Guzmán, se consideraba que el peligro a la democracia era la izquierda, por lo cual se diseñó un siste-

ma electoral y legal que limitaba el sistema político a las distintas fuerzas de derecha y se toleraba un centro político condicionado a no pactar con la izquierda. Por eso, construir una democracia protegida, a prueba de errores, siempre implica el riesgo de neutralizar la democracia. Porque alguien puede usar ese principio para imponer un régimen antidemocrático.

Por otra parte, hoy existen argumentos que apelan a la ciencia para reducir el margen de error de la democracia. Estas ideas son más complejas y no buscan en principio terminar con la democracia sino impedir que los antidemócratas usen los sistemas electorales para dinamitar la democracia desde dentro.

Pero en ese mismo plano, es necesario recordar que Karl Popper, un filósofo de la ciencia muy influyente, enfatizó la falibilidad del conocimiento científico y propuso el principio de falsabilidad como criterio para distinguir la ciencia de la no ciencia. Argumentó que las teorías científicas siempre son provisionales y susceptibles de ser refutadas. Por eso, si la ciencia misma aprende desde sus errores, con más razón la democracia debería aprender de los suyos.

La democracia supone el pluralismo político y moral. Acepta que las personas puedan tener diferentes concepciones del bien y que las sociedades alberguen una diversidad de creencias ideológicas y morales. Esto implica respetar las elecciones políticas y morales de los demás, siempre que no dañen a otros. En ese margen existe un espacio para distinguir los errores que una democracia debería ser capaz de tolerar y los errores que debe impedir a toda costa. Tener opiniones incorrectas o no ajustadas a la evidencia es una cosa. Aceptar como libertad de opinión lo que hace el Estado de Israel contra el pueblo palestino es otra muy distinta.

Bajo este supuesto, la ciencia podría ayudar mucho a la democracia, siempre y cuando no impida a esa misma democracia incorporar en el proceso decisional al conjunto de las personas afectadas por las circunstancias problemáticas que se desean mejorar. Las vivencias de la ciudadanía son siempre irremplazables, por más que su análisis sea limitado, o no disponga del conjunto global de los datos de los que puede disponer un equipo técnico en un sistema centralizado de decisión política. Tampoco se puede prohibir opinar en contra de la evidencia científica. La duda es un marco de interpretación legítimo, por más que contenga aspectos irracionales en su expresión. Hay elementos en esa subjetividad irracional que la política democrática tiene que resolver de alguna manera.

Joan Subirats lo plantea de esta forma: "Las decisiones públicas, por técnica o científicamente sólidas que sean, no por ello son socialmente neutrales, ya que generan costes y beneficios, perdedores y ganadores". Por eso se producen circunstancias que parecen aberrantes, pero tienen una lógica a desentrañar: la oposición del mundo agra-

rio a la necesidad de adecuarse a las políticas de transición climática posee racionalidad, aunque sea de corto plazo y bajo interés estrictamente individual. La oposición de la población local a la migración desregulada y mal gestionada no es sinónimo de xenofobia o racismo, aunque es un excelente caldo de cultivo para esas ideas.

La ciencia y la técnica pueden ser aliadas para que la democracia amplíe el punto de vista de la ciudadanía. Poner los datos y sus evidencias sobre la mesa evita que el análisis de las personas se reduzca a su mera experiencia personal e inmediata. Pero es ineludible que las personas terminen procesando esos datos desde su propio criterio ético e ideológico, que inevitablemente debe priorizar entre opciones en las cuales siempre se debería ponderar el interés general por encima de un interés particular, por legítimo que sea.

En una sociedad democrática, el interés colectivo debe ser la prioridad principal de las autoridades políticas y los representantes electos. El objetivo principal del gobierno y las instituciones públicas es velar por el bienestar de toda la ciudadanía, no sólo de ciertos grupos particulares o individuos. Priorizar el interés general ayuda a garantizar que las políticas y decisiones se tomen con el fin de beneficiar a la mayoría de la población y no sólo a unos pocos. Cuando los intereses particulares prevalecen sobre el bien común, se abre la puerta a conflictos de intereses y prácticas corruptas. Los funcionarios públicos y los políticos podrían verse tentados a tomar decisiones que favorezcan a ciertos grupos de interés en lugar de actuar en beneficio de toda la sociedad, sin importar su estatus socioeconómico, origen étnico o afiliación política.

¿La democracia tendrá futuro? El ideal democrático no ha sido derrotado, y todos los estudios muestran que permanece fuerte en la medida en que la ciudadanía rechaza las pretensiones aristocratizantes de establecer un gobierno de ilustrados y especialistas. La idea del "gobierno del pueblo" tiene vitalidad social. Pero la democracia, en tanto procedimiento concreto, basado en representantes electos, enfrenta un grave peligro porque no logra cumplir su promesa de asegurar un futuro deseable para vivir para las mayorías. La falta de eficacia y efectividad en las decisiones, la imposibilidad de arribar a tiempo a las soluciones, la radical desconfianza ante las autoridades de gobierno, está generando un desprecio a todo lo que se aprecia como "sistema corrupto", que termina siendo el caldo de cultivo de la desafección hacia la democracia misma. En ese proceso necesitamos más ciencia, datos y evidencia para hacer viable la democracia como procedimiento que hace posible el vínculo entre lo individual y lo colectivo. ■

L. Subirats, Joan (2024) "¿Puede ayudar la ciencia a la democracia?". En El País, Ideas, 23 junio 2024, p. 4.

*Rector de la Universidad Academia de Humanismo Cristiano